



"A MI SÓLO ME MOTIVA LA MÚSICA TRADICIONAL CHILENA (...)
¿QUÉ MÁS PODRÍA SER? ¿ALGO ALEMÁN? PARA HACER ALEMANADAS ESTÁ SCHAEFER".

A los 78 años, don Vicente Bianchi es un monumento de la música tradicional chilena que no sólo rememora glorias pasadas, sino que crea glorias nuevas. Le interesa que en Chile toquemos música chilena.

por Sergio Paz
fotografía de Patricio Baeza

LAS partituras de don Vicente Bianchi contienen el más sublime destilado de chilenidad. El maestro no es sólo el autor del himno del Te Deum, que año a año da gracias a Dios y pide por la patria y sus gobernantes, sino también ha creado clásicos como la tonada de Manuel Rodríguez (con versos de Neruda), más un cúmulo de versiones sinfónicas de todos los *hits* folclóricos, incluido, por supuesto, el de Chito Faró, «Si vas para Chile». A eso se suma, casi de colado, el himno de la Católica, pese a un fervor colocolino que enorgullece al señor Bianchi.

En todo caso, frente al voluminoso currículo, todo resulta poco para don Vicente. A los 78 años, el maestro sigue levantándose a las seis de la mañana con sólo una obsesión:

semana con el coro (“hay que cuidarlo porque es mucho lo que se ha hecho con él”).

—Tengo entendido que, pese a su interés por la música criolla, usted no se declara folclorista.

—Justamente. No soy folclorista. El folclorismo es recopilar canciones folclóricas a la manera artesanal. Pero yo llevo la música a un campo erudito, logrando un interés armónico mucho más interesante del que podrían lograr los coros a la manera popular.

Don Vicente trabaja en su casa (“bien chilena”, según dice), que

ción a la música, los sistemas de grabación no permiten hacer mejor las cosas. Incluso han entorpecido un poco el trabajo y ahora cuesta más hacer música. En esta etapa estoy obsoleto.

—¿Ha cambiado mucho este país, don Vicente?

—Sí, y en su espiritualidad Chile ha perdido mucho. No hay cómo defenderse de la influencia extranjera. Por eso, de nada nos sirve tener a las orquestas tocando a Mozart o Beethoven. ¿De qué nos sirve estar dándonos vuelta siempre en lo mismo? Tenemos un concierto latinoameri-

por ejemplo, en las marineras peruanas; el espíritu de la cueca es totalmente distinto. Yo pienso que la cueca se origina en Chile, probablemente en Quillota, ya que los negros que llevaban desde Buenos Aires a Valparaíso —para luego seguir al Callao— allí se detenían y entonces se ponían a bailar. De eso algo quedó. Así es que la cueca seguramente tiene algo de negro.

Este hombre, que fue amigo íntimo de Neruda —el vate le confió su último poema poco antes de morir, «La noche en Chillán», jamás publicado—, habla siempre con el tono de abuelo frente a sus nietos. Así es que sólo queda escuchar. Y él tiene mucho que contar. Fue el primero en trabajar con Malú Gatica cuando la actriz quería ser cantante ya que, al llegar de Nueva York, ella estuvo en la orquesta que él dirigía en la Radio

NI MOZART, NI BEETHOVEN

escribir. Mientras haya hojas de pautas que rellenar, Vicente Bianchi quiere dejar en ellas el máximo de acordes con acento criollo. Aunque está claro que tiempo le ha faltado y le seguirá faltando. Y también le faltará su propia orquesta, su sueño incumplido, su juguete imposible.

Son casi las diez de la noche. Las sombras devoran el jardín como si fueran babosas galopando sobre la maleza y en la oscuridad se distingue una pequeña noria, que se levanta frente a una columna colonial, que parece sostener toda la casa.

Don Vicente camina hacia el vestíbulo sin prisa, premunido de un chaleco gris perla. Saluda a la distancia, con una sonrisa contagiante que brilla tanto como el fulgor que emana del muro en el que cuelgan una decena de crucifijos bien bruñidos. Es domingo. Don Vicente viene llegando de la Parroquia Asunción, donde ha asistido con su coro, el coro de la Parroquia Santa Marta.

—Ya llevo 32 años con el coro de la parroquia —dice— y todo lo que el coro canta lo produzco yo mismo. Es un trabajo que implica un gran conocimiento de Chile y por eso siempre solicitan al coro de todos lados.

Don Vicente trabaja dos días a la

construyó él mismo con la ayuda de amigos arquitectos. Y es allí donde se consagra a la escritura: en una pieza aislada, junto a un piano de muro que tiene desde que empezó a tocar a los seis años.

—Lo más importante es estar en casa cuando se trata de crear. La creación es algo muy abstracto, es un fluido, y hay que meditar mucho para poder llevar todo al papel —señala.

A la hora de la entrevista, conversamos en el *living* de su hogar. En un muro cuelga el óleo de un huaso a caballo. En otro extremo hay un kulltrún. En realidad están todos los detalles *kitsch* de la chilenidad, aunque no se ven corales de Isla de Pascua. Entre el comedor y el *living* hay un gran piano de cola, como de casa de campo. En él se ha sentado de pronto Bianchi Jr. Tira sus manos sobre las teclas y pareciera que sonara una composición ultramodernista de Guillermo Rizzo. Don Vicente se ríe, dice que él niño no sabe, que sólo tiene cuatro años, pero el chico murmura desde el fondo: *Sí sé, clalo que sé...*

—Hoy en día los niños aprenden muy rápido. Es que en realidad todo ha cambiado. En todo caso, en rela-

ción impresionante, con una mezcla fantástica de culturas.

—¿Está en contra de los directores de música clásica?

—Estos directores que tenemos que se llaman cultos, tienen una cultura bastante escasa y se limitan a obras que las tocan de memoria por lo repetidas. No quieren estrenar nada nuevo porque no quieren estudiar y se están ganando la plata fácilmente.

—¿Cuáles son, a su juicio, sus obras más grandes?

—Creo que todas mis obras son grandes, así como todos los padres piensan que sus hijos son grandes. En todo caso, es el público el que consagra o no las cosas.

—¿Y qué es lo que más le gusta componer?

—A mí sólo me motiva la música tradicional chilena, de raíz chilena. No tiene objeto dedicarse a otra cosa. ¿Qué más podría ser? ¿Algo alemán? Para hacer alemanadas está Schaefer. Yo me alimento de las raíces de nuestra música.

—No es por ser poco chileno, pero hay quienes dicen que ni la cueca es chilena.

—Hay muchas teorías respecto al origen de la cueca. Pero, personalmente, no creo que su origen esté,

Agricultura. ¿Qué más? Le hizo una canción de iglesia a Salvador Allende y probablemente es el único que recuerda que el destituido marxista fue el primer presidente en pedir un Te Deum ecuménico, con participación de todas las religiones del país. Además, fue el hombre de confianza del Cardenal Silva Henríquez, cuando el Papa Juan XXIII revolucionó la iglesia al incorporar misas en lenguas vernáculas.

—Una vez —dice don Vicente— hace más de treinta años, creí que me iba a morir. Pero no me morí. Se me complicó una operación de vesícula y llegó un punto en que el médico me cosió como un saco de papas y simplemente me despachó. Pero aquí estoy... aunque ahora estoy preparando mi partida...

Fuera de su casa, se distingue un pequeño letrero con letras hechas de cordel, que dice: LA TONADA.

—¿Qué significa eso, don Vicente? ¿Es el nombre de la villa?

—Claro —responde él—. Es el nombre de esta casa. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque uno tiene que vivir donde está el espíritu. Y mi espíritu está aquí, en esta casa, en la música chilena. **RdD**

Antigüedades subterráneas

Paso el primer semáforo y luego el segundo. ¿Calle arriba o calle abajo? Uno, dos, tres minutos. Las primeras gotas de lo que prometía transformarse en un fuerte aguacero comienzan a caer en La Habana.

Finalmente, veinte minutos más tarde, luego de preguntar aquí y allá, llego a la esquinada dirección y mientras golpeo con fuerza la pesada argolla de bronce que cuelga de la puerta, mentalmente me pregunto si es verdad que en esta casa está en venta la lámpara de Batista.

Sí, porque Cuba no es sólo sinónimo de mar, salsa y ron, a pesar de lo que habitualmente suele creer la mayoría de los turistas que desembarcan en la isla. Muy por el contrario, esta isla, que fue la perla del imperio español, ofrece la posibilidad de vivir hoy día, cuando el mundo ya se está preparando para dar la bienvenida al cada vez más cercano siglo XXI, las maravillas de una época de la cual los más jóvenes conocen habitualmente a través de la magia del cine y de la televisión.

¿ES QUE TÚ LA QUIERES COMPRAR?

—¿Quién la manda? —pregunta un cubano gordo y no muy alto



Fulgencio Batista, derrocado por Fidel Castro. Una de sus lámparas se esconde aún en La Habana.

En La Habana lo que sobran son las antigüedades.

El gobierno de Fidel Castro ha organizado una tienda de ellas... aunque también funciona el mercado negro.

por Olga de Los Santos

bordeando los 60 años de edad.

—Un amigo me habló de una lámpara....

—Ah. ¿Quiere comprarla?

—No, me gustaría verla.

No muy satisfecho con la respuesta Luis, alias "Pececito", me dice que lo siga con un gesto. La casa iluminada por algunas velas va revelando poco a poco cientos, miles de objetos apiñados en el suelo; sobre las mesas figuras de porcelana, platos, vasos franceses; encima de los muebles estatuas en bronce, piezas en vidrio, más de un Lalique, uno que otro Gallé; en las paredes cuadros y espejos de fines del 800. Se respira Art Nouveau y Art Decó: expresiones artísticas que se transformarían en sinónimos de poder y de clase de una burguesía enriquecida de posguerra. En una esquina, una lámpara tipo Tiffany.

Grande, tal vez demasiado.

Inevitable reconocer que es hermosa; como inevitable imaginar al general Fulgencio Batista iluminado por la luz de esa lámpara pensando qué hacer para que la conservadora sociedad habanera de la época le permitiera formar parte del elegante Miramar Yacht Club. Un lugar prohibido a Batista a pesar de ser Presidente de la República. Un lugar prohibido, a pesar de hacerse rodear de objetos caros y bellos, como la famosa lámpara de tonos opacos pintada de flores comprada por él en una subasta en París.

—¿Le interesa o no? —me pregunta en tono aprensivo el gordo—.

Porque si le interesa pido quince mil dólares por ella.

Le respondo que no, que sólo quería mirar y que tal vez volveré algún día con algunos amigos.

Sí, porque comprar no forma parte

de la aventura a través de este mundo de comerciantes de antigüedades clandestinos repartidos por La Habana. Y, donde si bien es cierto, es posible encontrar auténticas obras de arte (que lo digan los anticuarios colombianos famosos por adquirir objetos en la isla), no es menos cierto también que más de algún incauto ha sido víctima de una que otra estafa. Cómo no mencionar el caso comentadísimo dentro de la comunidad extranjera en Cuba, del europeo que hace algunos años pagó por lo que él pensaba era un "auténtico Picasso" diez mil dólares.

Moraleja de la historia: hasta el día de hoy media Habana se ríe del ingenuo comprador que, evidentemente, no tuvo ningún derecho a "pataleo" delante de las autoridades cubanas que, poco a poco, están comenzando a sacarle mayor partido al creciente interés de los visitantes por el potencial artístico que encierra la isla.

Muestra de ello es la subasta de antigüedades organizada hace unos meses en uno de los más importantes hoteles habaneros y la existencia de la Casa Kolhy. Un espacio donde los cubanos pueden exponer los objetos que desean vender en dólares, pagando un porcentaje del valor al Estado como comisión en el momento de la venta. Una idea que ha tenido gran aceptación porque permite a los particulares tener acceso legalmente a un público extranjero deseoso de llevarse a casa un recuerdo especial de su visita a Cuba y, lo más importante, con derecho en la mayoría de los casos a la exportación de la compra.

Ciertamente, una visita a la Casa Kolhy —no necesariamente para comprar— resulta absolutamente



La Habana de antaño, accesible hoy a través de antigüedades. En la foto, el hotel Nacional en 1933.

indispensable para conocer de alguna forma cómo vivía la sociedad habanera de mitad de siglo. Cristalería francesa, plata inglesa y americana, vajilla alemana, en fin, lo mejor que el mercado mundial tenía para ofrecer. La dirección es: 4709, calle 36, entre la 47 y la 49, en un sector de La Habana llamado Reparto Kolhy.

Cuba años '50 en la calle. Ruidosos modelos americanos transitan por las calles habaneras. Ciertamente, a la gran mayoría de americanos les queda sólo la marca, puesto que las piezas e inclusive el motor han sido sustituidos con repuestos rusos. Sin embargo, es posible hallar hoy día en Cuba la versión original, o como dicen los cubanos: "nuevecita de paquete", de automóviles americanos comprados poco antes del '59. Común encontrar detrás de cada uno de estos ejemplares, un propietario que sueña con el día de poder vendérselo a un gringo dispuesto a pagar una alta cifra en dólares por el tan custodiado tesoro.